



AÑO IV

15 DE ENERO DE 1881

NÚM. 54

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6
id. trimestre.
Provincias: 7,50 id.
Extranjero y Ultramar: seis
meses, 5 pesos fuertes en oro.
Número suelto: una peseta 50
céntimos.

La Ilustracion de los Niños

OFICINAS

Fuencarral, 3, principal
MADRID

No se sirve suscripcion cuyo
pago nose anticipe.
Anuncios y esquelas de de-
funciones de niños á precios
convencionales.



EL PRIMER DESEO.

SUMARIO

I. El primer deseo.—II. Octavo mandamiento.—III. Historia de España: Las hijas de Atanagildo.—IV. El ruiseñor.—V. San Vicente de Paul.—VI. El arroyo.—VII. Consejos.—VIII. El castigo de la maldad.—IX. Lecciones familiares.—X. ¡Pobre madre!—XI. En la iglesia.

EL PRIMER DESEO

El primer deseo del hombre da á conocer seguramente, de la manera más indudable las inclinaciones de su espíritu.

Así como el primer paso de la vida es tal vez el decisivo, porque de él depende la serie de acciones que constituyen el periodo progresivo de la existencia, el deseo primero es tambien la base de ese cúmulo de aspiraciones que llenan de constante afán el corazón de la criatura.

De una molécula se forma una montaña y de un simple deseo contrariado se origina una catástrofe.

Cuando la voluntad quiere, su aspiración se traduce en hechos, y estos son siempre correlativos de aquella.

Ved ese niño que aún no cuenta un bienio; su boca sonríe con la inocencia de un ángel; sus ojos no expresan más que la tranquilidad, nacida de la supina ignorancia en que su alma está sumida; todo en él es candor, todo dulzura, todo calma; observad, sin embargo, cual se irrita cuando un insecto importuno se posa sobre su frente, y creereis adivinar en aquella mirada los gérmenes de un volcan.

Miradle más tarde, cuando tiene siete años; su expresión angelical es la misma; su faz apenas ha cambiado; pero deteneos á investigar qué es lo que hace con ese pobre animalillo que tiene en sus manos, y vereis que se entretiene en sacarle los ojos.

¡Oh! ese niño, á pesar de su cara de ángel, es un futuro mónstruo; sus instintos lo demuestran.

Ese hombre en embrion llegará á serlo de veras, y para desdicha de la humanidad y escarnio del género humano, cubrirá sus hombros con la púrpura de los Césares y adornará sus sienes con la diadema de los Augustos.

Y desde su altísimo trono dictará sentencias de muerte sobre millares de inocentes.

Y quemará una ciudad sin importársele nada la ruina de sus habitantes.

Y se alumbrará en sus festines con cuerpos humanos vivos y embreados.

Y no perdonará la vida ni aún á aquella que le llevó en sus entrañas.

Y su nombre será maldito para siempre.

Ese hombre, ese mónstruo, esa fiera sanguinaria, se llama Neron.

Sus instintos de niño revelaban sus cualidades de hombre, porque las primeras acciones, reflejo de los primeros deseos, dan á conocer al observador lo que se puede esperar ó temer de una criatura que empieza á recorrer el camino de la existencia.

La voluntad del hombre, digan lo que quieran los fatalistas, siempre propende al bien; por intuición huye del mal, lo aborrece.

De aquí que toda acción que se ejecuta por la criatura racional es buena para esta, por más que en sí no lo sea. El hombre obra porque espera el bien; de lo contrario no obraría.

No está, pues, la causa de las malas acciones en nuestra mala ó buena voluntad ni en la creencia íntima de las cosas externas.

Está en el concepto que de esta formamos.

La mente, tan limitada de suyo, no puede abarcarlo todo, ni mucho menos explicarse las causas ó principios fundamentales de todo aquello que cae bajo el dominio de nuestros sentidos ó de nuestras facultades.

Por este motivo es inducida al error. La razón á duras penas resiste trabas ni imposibles; lo que no se ve claro se lo explica á su manera; ella á todo le da su explicación, acumulando de esta suerte sobre el entendimiento un enorme tejido de errores y falsedades.

¡Terrible anatema el que pesa sobre la humanidad: es ignorante y orgullosa!

Hay que huir por necesidad de estos peligros.

Esto se consigue dirigiendo las infantiles inteligencias hácia el recto camino, por medio de una educación adecuada á las dotes y facultades de cada uno.

Un padre prudente, cariñoso y celoso del porvenir de sus hijos, sabe siempre leer las inclinaciones de aquellos á quienes dió la existencia, fijándose en sus primeras ideas, en sus primeros deseos.

La planta que brota de la ténue semilla que se sepultó en la madre tierra, demuestra desde el primer instante su languidez ó lozanía.

Del mismo modo, el niño tierno dice ya con sus actos inconscientes el temple de su espíritu.

Por eso la madre, ángel tutelar que la Providencia pone en la cuna del recién nacido, es la que debe velar más que nadie, con todo ahínco, con solícito afán, por estudiar las tendencias del fruto de sus entrañas, para enderezarlas si son torcidas ó ayudar á su desarrollo si son conformes á los principios de la moral.

Y no se crea con esto que yo predico la imposición de la voluntad paterna sobre las aspiraciones de los hijos; no. Amante como el que más de las prerogativas que la Naturaleza, la religión y las leyes han dado de consuno á los padres, no por esto desconozco lo descabellado y antinatural que es querer hacer entrar á los hijos por una senda á que no son llamados por su corazón ni por su conciencia.

Un tacto exquisito se necesita en esta cuestión trascendentalísima. Tal vez la existencia, la felicidad de esos seres que nos son tan caros, se hallan comprometidas muchas veces por los oficiosos desvelos de unos padres exagerados en el cumplimiento de sus deberes.

Estudiemos los deseos de nuestros hijos y

de este modo evitaremos muchas desgracias para ellos y para nosotros.

Tampoco quiero proclamar, como tal vez pudiera creerse, que debemos suscribir á sus caprichos, no; los caprichos, cuando efectivamente lo son, deben ser desechados con toda la severidad necesaria de que están revestidos nuestros progenitores.

No es lo mismo, no, lastimar tendencias nobles, que hacerse cómplices de deseos insensatos.

Hé aquí el problema: saber dónde concluye el deber y donde comienza la condescendencia.

Esto se sabe fijamente dedicándose los padres desde que el niño está en la cuna á estudiar sus cualidades y aficiones, sus gustos y sus deseos.

Del mismo modo que se afanan por conocer su naturaleza física, para precaver cualquier ataque morboso que pueda poner en peligro su existencia, deben, y esto con más energía é insistencia, saber apreciar sus cualidades morales.

Si esto se hace, la sociedad, que tan decaída está, que tan minada se halla por tantas y tantas utopías disolventes, habrá logrado dar un gran paso en el camino de su perfeccionamiento.

JOSÉ NOVI Y PEREDA

OCTAVO MANDAMIENTO

(NO LEVANTAR FALSOS TESTIMONIOS NI MENTIR)

¿Veis cómo sorda un instante
rasgando la oscuridad
con relámpago radiante,
al primer trueno rodante
rompe ráuda tempestad?

Así la murmuración,
que sordamente batalla
con rival emulación,
al fin revienta y estalla
el rayo de la ficción.

Los que acechándola están
como agentes ó motores,
pábulo pronto la dan,
iniciando con afán
oficios calumniadores.

Donde al renombre se aduna
la genial excelsitud,
ilustre blason y cuna,
favores de la fortuna,
saber, valor ó virtud,

Lenguas hay que vocingleras
ó á escondidas conspirando,
prevenciones inspirando,
con sofismas van ligeras
la sociedad infestando.

Torvos los ojos volviendo,
la luz que atónito mira,
se los deslumbre temiendo,
se levanta y va cundiendo
el rumor de la mentira,

Por donde pasa dejando
confusión y á veces luto,
las hablillas avivando,
y á sus víctimas llevando
odio y guerra por tributo.

Como el inmundo gusano
de humor ponzoñoso lleno,
pretende, royendo en vano,
coloso roble lozano
desarraigar de su seno.

Aspid oculto que vela
de la Fama en el crisol;
escoria que se rebela,
oscura nube que anhela
robarle su lumbre al Sol.

Si á la falacia mortal
activamente ayudara
un poder discrecional,
¡á cuántos sacrificara
soberbia, injusta y venal!

De las Furias rodeada,
engendro de cataclismos,
vagando desatentada,
la calumnia así abortada
rueda á sus propios abismos.

Al testimonio falaz,
riqueza, calma tranquila,
el placentero solaz,
afectos, crédito, paz,
todo sucumbe ó vacila.

Que el artificio impostor
es triste borrar no pueda
ni la absolucion mejor.
Para el vulgo siempre queda
problemático el honor.

El acusado inocente,
preso en ferrada mazmorra,
invocando ansiosamente
un jurado que descorra
los crespones de su frente,

Tal vez llorando su ausencia,
en su hogar ayer dichoso,
¡su prole esté en la indigencia!
El contraste es tan penoso
que le empuja á la demencia.

O del mundo renegando
al fin perdida la calma,
de la Justicia dudando,
agoniza blasfemando
y á Dios le robais un alma.

¿Y do se halla el responsable?
¿Quién infame en derredor
lleva el destino mudable
de feliz á miserable?

Un mónstruo—el calumniador.

Y si al génio y la bondad
forja lazos y quimeras,
persistiendo en la maldad,
mejor que en la sociedad
debe vivir entre fieras.

No cerca del hombre honrado,
con amistades y aprecio,
sí al olvido relegado
y de lejos azotado
con la fusta del desprecio.

Dicta, pues, este deber:
en las obras, equidad,
y en las palabras hacer
por siempre prevalecer
los fueros de la verdad.

VÍCTOR NAVARRO



HISTORIA DE ESPAÑA

LAS HIJAS DE ATANAGILDO

POR

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR

II

Fiestas todavía más brillantes que las que había dado Sigiberto, celebraron el matrimonio de Chilperico. Orgulloso de su jóven esposa, y contento, sobre todo, por las riquezas que le había llevado de Toledo, la demostró desde luego una afección sin límites, pareciendo volver á las costumbres y á los principios que había tenido por tan largo tiempo olvidados.

Seducida por las muestras de una dicha que estaba muy léjos de esperar, Galsuinda se reprochó el haber dudado de Chilperico.

«Madre» escribía á Goisvinda, en aquellos caracteres *rúnicos*, mezclados de letras griegas y romanas, que el obispo Ulphilas había introducido entre los godos; «mi corazón está todavía contigo. En este largo camino, donde yo he visto tantas veces nacer y morir el día, ha quedado constantemente tu recuerdo; aquí todavía, aunque estoy lejos de tí, me consuelas y me proteges. ¡Brunegilda es dichosa, yo lo seré también!... Sin duda nuestros presentimientos nos engañaban, pues el rey Chilperico me ha recibido con una afección muy tierna, que parece acrecentarse, quizá para abrirse su corazón á los goces puros y verdaderos: tenía necesidad de una amiga virtuosa que se los hiciera conocer. ¡Ah! yo sabré ganarme su confianza. Desecha, pues, todos tus temores, que yo me lanzo sin pesar en este nuevo camino de la vida, donde espero hallarte algún día.»

Empezó una horrible realidad que debía bien pronto desvanecer estas dulces esperanzas. Chilperico tenía el alma demasiado corrompida por su larga costumbre en el vicio para apreciar los goces de la virtud, y se fatigó pronto de los deberes que impone, llamando nuevamente á palacio á su antigua querida Fredegunda.

Desde este momento se desvanecieron todos los sueños de Galsuinda. Guiada por la religión católica, que había abrazado después de su matrimonio, recorrió todos los medios que le sugería su corazón para atraerse á Chilperico; pero todos fracasaron ante el imperio de su rival. No contenta con haber triunfado en el corazón del rey, Fredegunda deseaba vengarse de Galsuinda por las humillaciones que había sufrido. Desde luego la hizo relegar al fondo del palacio, haciendo á todas horas á la infeliz los ultrajes más sangrientos.

Siempre sumisos á los caprichos de los reyes los cortesanos, olvidaron bien pronto á su legítima reina, para rendir homenaje al nuevo poder. El nombre de Fredegunda resonaba por doquiera, multiplicándose las fiestas y los banquetes con que divertía á la corte, en los que, por complacerla, desplegaba, Chilperico todo el lujo romano.

Retirada en sus habitaciones Galsuinda,

oía á lo léjos el ruido de estas fiestas, á lo que contestaba con sus lágrimas. Badda, la jóven camarera, que se llevó de Toledo, era la única que la quedaba fiel; procuraba calmar con una amistad ingeniosa la vivacidad de sus dolores.

Un día lloraban juntas. De repente Galsuinda, interrumpiendo sus lágrimas, pareció reflexionar; después, dirigiéndose á Badda.

—¡Yo marchó aquí del oprobio á la muerte! dijo: ¡Ya ves con qué insolente soberbia esta mujer acumula sobre mi cabeza los pesares y las humillaciones! ¡El mismo Chilperico la secunda!.... ¡Yo no tengo ya fuerzas para soportar esta lenta agonía!.... ¡Tú recuerdas mis angustias cuando dejé á mi madre, y nuestra desgarradora despedida! Dios me hablaba en aquellos presentimientos, dejándome entrever entónces los males que hoy me abrumen. ¿Por qué no retrocedí entónces?... ¿Por qué no me arrojé á los piés de mi padre?... ¡El hubiera cedido á mis ruegos y á mis lágrimas, y yo no estaría hoy abandonada en el fondo de este palacio, donde sólo me resta morir!....

—Estos recuerdos debilitan tu valor, dijo Badda. ¡Toledo nos espera!.... Vámonos, y allí hallaremos á los que te aman, que te harán olvidar esta indigna tierra de los galos, donde tanto has sufrido.

A la mañana siguiente era la época de una de las grandes fiestas de aniversario, celebradas por el pueblo franco.

Este día allí, según costumbre, el rey y la reina precedían á la procesion que recorría la silla en honor á San Martín.

Galsuinda hizo un esfuerzo para asistir á esta piadosa ceremonia. Un trono de plata habían elevado para ella al lado del de Chilperico, en medio de la Iglesia, que era casi toda de madera dorada, como la mayor parte de las Iglesias de este tiempo. Chilperico y su mujer llevaban suntuosos mantos bordados de pedrería y cerrados en el pecho por un broche que figuraba la corona real. Se colocaron bajo el trono, y el obispo de Rothomagus, rodeado de sus diáconos, entonó el himno á San Martín, que todo el pueblo repitió con voz conmovedora y solemne.

La procesion, llevando á la cabeza los estandartes de la Iglesia, las reliquias de San Hilario y de otros Santos y la silla de San Martín, que llevaban ocho sacerdotes con sobrepellices bordadas, se extendió lentamente por las estrechas calles de la villa, hasta volver á la Iglesia, donde lucían millares de cirios.

Nuevos cánticos resonaron en la Basílica, cuando de repente, una llama devoradora recorre las telas que formaban el trono de Galsuinda, haciéndola aparecer rodeada de llamas.

El fuego se propagó inmediatamente á las graderías donde tenían su asiento las señoras, que precipitándose las unas sobre las otras para escapar del peligro, mezclaron un instante sus gritos de terror con el cántico tranquilo y cadencioso de los sacerdotes y del pueblo.

Chilperico al oír este grito se lanzó en me-

dio de las llamas, y asiendo á Fredegunda, la sacó en sus brazos, sin acordarse de su mujer, que inmóvil contemplaba el incendio sin pensar en salvarse. Y hubiera sucumbido desde luego sin la abnegacion de un cortesano que se lanzó á sacarla de entre las llamas que la rodeaban por todas partes.

La noche de este mismo dia Chilperico, era presa de una preocupacion profunda, pues recorria á grandes pasos su vasto aposento, sin hallar tregua ni reposo á su ansiedad.

Un ligero ruido llevó sus miradas hácia la puerta, que se abrió tímidamente por una mano femenina.

Galsuinda se presentó delante de él.

—No temas nada, le dijo ella con calma: no vengo á pedirte cuenta de tus promesas, ni á provocar tus iras. No llamo sobre tí la venganza de Dios, ántes más bien, le pido que te perdone tu perjurio; pero yo, á quien tu conducta deshonorra, quiero salir de tu palacio. Tú has recobrado tu libertad, devuélveme la mia; déjame volver á mi tierra natal. Te cedo los tesoros que traje de España, y no quiero llevar nada de tu corte sino el recuerdo de mis sentimientos y de tu perfidia.

Chilperico hubiera consentido desde luego en esta proposicion; pero empedernido en la maldad y en la avaricia, como lo estaba en los otros vicios, no pudo comprender el noble desinterés de Galsuinda, y ménos por la intervencion de Fredegunda, que procuró persuadirle de que le tendia un lazo, haciéndole creer que no habia más que un medio para desembarazarse de ella y quedarse con sus tesoros. Era preciso engañar á Galsuinda hasta ponerle en planta. La pobre jóven volvió una vez todavía á la fé y á la esperanza.

Algunos dias despues de las nuevas protestas de Chilperico, estaba una noche sola con Badda.

Habia más que nunca prolongado sus rezos, y volviéndose de repente hácia su amiga, exclamó:

—¡Badda, ya no veré más á mi madre!.... ¡Cuando yo muera, córtame el cabello y llévasele como recuerdo mio!....

Habló largo tiempo de España, y cuando Badda se retiró á su aposento, se durmió con un sueño apacible y tranquilo.

Aquella misma noche dos hombres avanzaban á través de los sombríos corredores de palacio, dirigiéndose á las habitaciones de la reina. Sus sombras se reflejaban sobre la pared á la pálida luz de una lámpara, denunciándolos como dos espectros horribles.

Entraron sin ruido en el dormitorio de Galsuinda, aproximándose lentamente á su lecho.

El de más edad de los dos habia sacado ya una cuerda que llevaba oculta bajo los pliegues de su abrigo, y se preparaba á levantar la cabeza de la desgraciada mujer, cuando su compañero, tocado de piedad ante tanta juventud, le dijo en voz baja:

—¡Es demasiado jóven para morir!....

Una satánica sonrisa respondió á este remordimiento.

Algunos segundos despues Galsuinda habia dejado de existir.

Mientras que este horrible crimen se perpetraba en palacio, Brunequilda llegaba á Rothomagus, donde la llamaba la última carta de Galsuinda, escrita bajo la impresion de siniestros presentimientos.

Todo estaba tranquilo y silencioso en el palacio de Chilperico cuando ella se presentó. Deseosa de abrazar á su hermana se hizo conducir inmediatamente á donde estaba, y lanzándose á su lecho la tomó en sus brazos. Pero retrocedió bien pronto penetrada de horror, porque sólo habia abrazado un cadáver helado.

A sus gritos de desesperacion acudió Chilperico, bajo y cobarde hasta el fin, fingiendo la sorpresa y el dolor. Lloró sobre esta mujer que acababa él mismo de inmolar.

—¡Odio y venganza!.... exclamó Brunequilda, dirigiéndose de súbito hácia él, con una energia amenazadora.

—¡Odio y venganza!.... repitió. ¡Yo lavaré en tu sangre y en la de tus hijos la sangre pura de mi hermana! ¡Que Dios arroje sobre tí y sobre la vil Fredegunda todos los rayos de su cólera!.... ¡Que el oprobio te persiga hasta los siglos venideros, y que tiemble tu reino espantado de las calamidades que te reserva mi brazo!....

Brunequilda llevó á cabo tan sangrientas amenazas, pues apenas Fredegunda se sentó en el trono de Galsuinda, cuando una guerra fratricida estalló entre Sigiberto y Chilperico por instigacion de sus mujeres.

La muerte de los dos hermanos no suspendió la lucha de las terribles rivales.

Arroyos de sangre inundaron los dos reinos.

Fredegunda habia despues de largo tiempo terminado su vida de crímenes y Brunequilda perseguia todavía sobre el hijo de su enemiga su implacable resentimiento.

A pesar de todo, durante las alternativas de esta larga guerra, el génio emprendedor de Brunequilda no desmayó, derramando sobre la Austrasia las primeras luces de la civilizacion. Ella la dotó de las costumbres y de las leyes góticas que formaban la riqueza de su país. Hizo elevar por todas partes monumentos semejantes á los que habia visto en España, y construir, á través de mil obstáculos, esos magníficos caminos romanos, de los que muchos en Bélgica y en el norte de Francia han conservado su nombre.

Una espantosa tragedia la esperaba al fin de su carrera, y como si su muerte hubiera debido correr parejas con la de su hermana, el golpe que le hirió fué de la sangre de su enemigo.

Vencida y presa por Clotario, hijo de Chilperico, fué acusada por él de todos los crímenes cometidos por Fredegunda y Chilperico. Tratada como una esclava, siempre conservó su majestad de reina en medio de las humillaciones que la hicieron sufrir, y escuchó sin temblar la sentencia de muerte á que la condenó el implacable Clotario.

Un horrible suplicio terminó sus dias; fué atada á un fogoso caballo, que lanzado al galope en la arena, la destrozó en su rápida carrera, lanzando hasta sobre el mismo Clotario los miembros palpitantes de su víctima.

EL RUISEÑOR

Canta, canta, ruiseñor,
de la selva la hermosura,
su frescura,
su verdor.

Ya la estrella matinal
vierte encanto al bosque umbrío,
da al rocío
su cristal.

Rey del canto, sus albores
tú saludas con gorgoros:
son trofeos
tus amores.

Tú magnífico del sol
trinas fausto en la enramada
la llegada
y arrebol.

Eres gloria sin igual
de los valles y praderas,
donde imperas
sin rival.

Tú del monte en la region
das placeres, y á las flores
das primores,
é ilusion.

¡Oh, cuán grato es el oír
en los campos esos trinos
peregrinos,
y vivir

Donde moras sin pesar,
disfrutando puro ambiente,
y riente
suspirar!

De los tiempos fiel cantor,
sus mudanzas tú describes:
donde vives
no hay dolor

Al oírte, de placer
saltan rios, montes, prados
y collados:
¿qué han de hacer?

De la vega en el confin,
do el granado se levanta,
trina, canta
bien, sin fin.

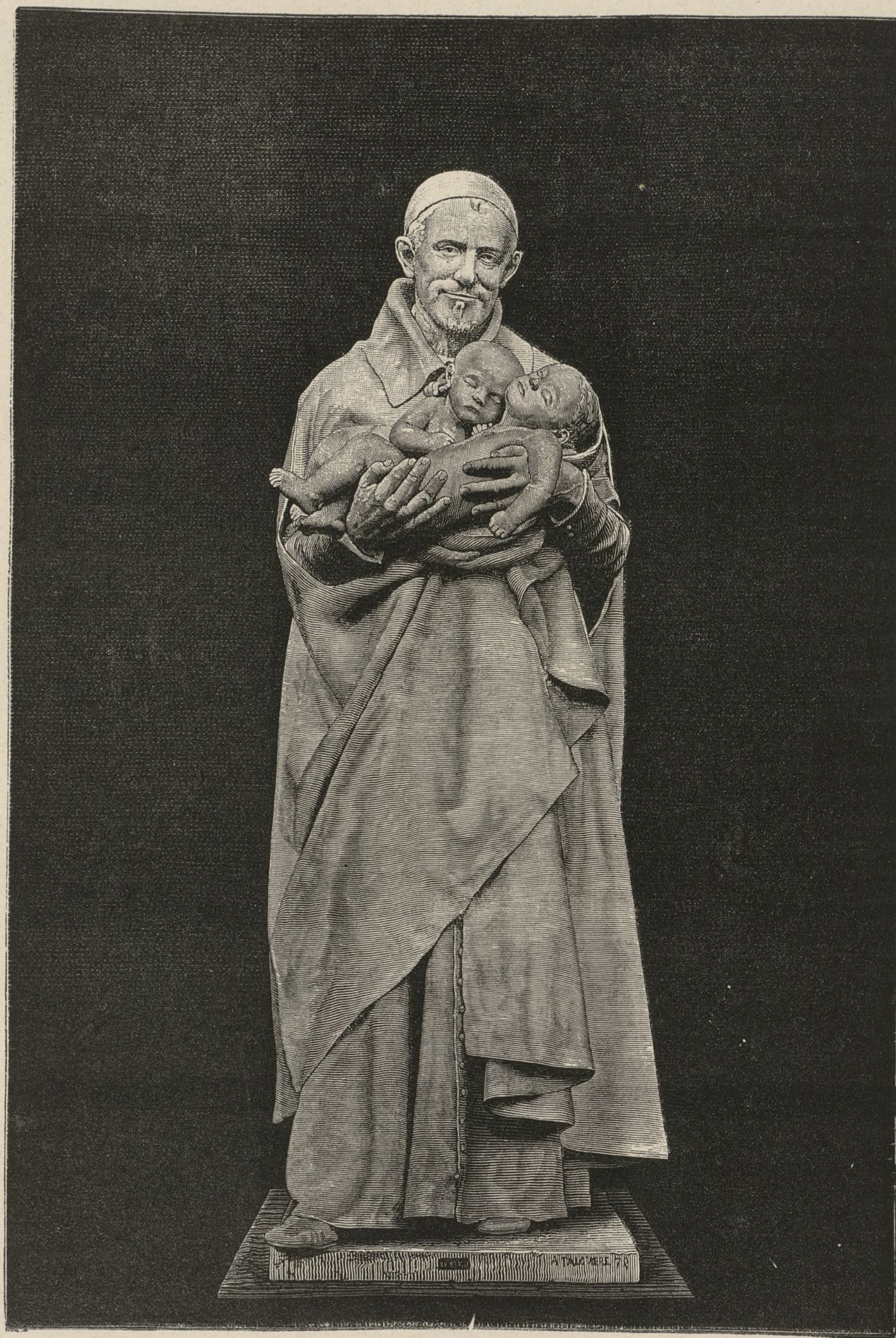
Canta, canta, ruiseñor,
mientras gozo y te contemplo,
prez y templo
del candor.

Yo á tu son con alegría
cantaré de Dios las glorias
y victorias
noche y dia,

Hasta hacer que mi laud
me alce súbito del suelo
hasta el cielo
con salud.

JOSÉ A. GARCIA DE LA IGLESIA





SAN VICENTE DE PAUL

SAN VICENTE DE PAUL

La religion del Crucificado, síntesis del amor y dechado de la caridad, ha dado en todos tiempos pruebas de lo que es en su esencia, divina como su Autor, grande como la inmensidad misma, sublime como el augusto Sér que la inspiró.

Cada edad, desde aquella en que se consumó la sangrienta tragedia del Gólgotha, ha producido el génio necesario para conjurar las tormentas del momento, para salvar la sociedad en algun trance desesperado.

Esto solo puede hacerlo el Cristianismo, religion eminentemente positiva, esencialmente práctica.

Vicente de Paul es uno de esos héroes que Dios envia al mundo en ciertos y determinados instantes, con una mision noble que cumplir entre las humanas criaturas.

Su patética historia es un espejo de amor y de caridad hácia sus semejantes.

La pequeña y humilde aldea de Pouy, situada en las Landas de Burdeos, no muy distante de la vertiente de los Pirineos (Francia), fué la cuna de Vicente en 19 de Julio del año 1576.

Pobres labradores sus padres, tenían que cultivar para ganar su sustento un mísero pedazo de tierra, que constituia todo su patrimonio.

Vicente en sus primeros años tuvo el oficio de todos los santos patriarcas de la antigua ley: apacentar ganados.

Puesto á estudiar más tarde en el convento de Franciscanos de Aegse, pronto se descubrió en él el génio que le animaba; su aficion al estudio y sus adelantos en el saber fueron tantos y tan asombrosos, que su padre decidió, á costa de grandes sacrificios, dedicarlo á la carrera eclesiástica, cuya órden suprema, el sacerdocio, recibió el 23 de Setiembre de 1600.

La primera prueba que la Providencia impuso al jóven sacerdote, fué bastante dolorosa. Teniendo que regresar desde Marsella á Narbona, por ahorrar algun dinero para los pobres, decidió hacer el viaje por mar. Embarcado, pues, y bogando la nave por el golfo de Lyon, vióse de pronto acometida por tres bergantines berberiscos que hicieron prisionero á Vicente y á todos los que navegaban con él. Fué vendido en Túnez á un renegado, y pasó en horrible cautiverio horas amarguísimas.

A fuerza de trabajos é infinitas peripecias, logró nuestro héroe abandonar el suelo africano y llegar á su patria, donde, poco despues, recibia el curato de Clichy, cerca de París.

Su única distraccion fué enjugar las lágrimas y mitigar los dolores de los pobres. Por eso todos sus feligreses le amaban y le rendian homenaje de respeto y veneracion.

Su humildad no le permitió aceptar la rica abadía de San Bernardo; pero el sentimiento del deber le impulsó á abandonar su presbiterio para entrar de preceptor en el opulento palacio de Gondi, donde no se olvidaba del alivio de las miserias.

Una de las tribulaciones que más atraian aquella alma fundida en el puro crisol de la caridad, era la de los pobres presos que se hallaban hacinados en las galeras y cárceles del rey. Movido por un sentimiento de conmiseracion hácia aquellos pobres forzados, escuchaba sus quejas, abrazaba sus cadenas para que fuesen ménos pesadas y empleaba toda su influencia en obtener el perdon de alguno de ellos.

A este fin se cuenta una anécdota que encierra bastante enseñanza, al mismo tiempo que indica el gran conocimiento que del corazon humano tenia San Vicente de Paul.

Visitando un dia los infectos calabozos de la Conserjería, en París, fué preguntando uno á uno á los presos la causa ó motivo de hallarse en tan deplorable situacion. Todos negaban su criminalidad, diciendo que eran inocentes y que únicamente el error ó mala fé de la justicia los habria conducido á la cárcel. Por fin preguntó el Santo á uno de ellos, que confesó paladinamente su culpa, reconociéndose criminal y digno del castigo.

—No es justo, dijo Vicente, que un hombre tan malo como tú, se encuentre entre tantos virtuosos inocentes que aquí habitan; por tanto, quédense ellos donde están y tú marcha cuanto antes á tu casa. Aquella misma noche, logró su indulto.

De este modo castigó la mentira de los primeros y premió la sinceridad del último.

El alma de Vicente se condolia continuamente del espectáculo de la miseria que por doquier le rodeaba. Por eso concibe la fundacion del célebre colegio de *Buenos niños*, que consagró á la educacion de los eclesiásticos que por los campos habian de repartir el consuelo del infortunio.

Poco más tarde constituye la mision de los Sacerdotes de San Lázaro, y establece las Hermanas de la Caridad. Entre lo más grande que tiene el Cristianismo, descuella sin duda alguna esa débil mujer que abandonando los placeres del mundo y del amor, corre presurosa al lecho del dolor á llevar la salud al cuerpo y la tranquilidad al espíritu del moribundo. La Hermana de la Caridad, esa paloma de paz, que sin miedo á la muerte cura las heridas del soldado que cae agonizante en el campo de batalla; esa valerosa matrona que en los aciagos dias de la peste, cuando todo es luto y desolacion, lágrimas y cadáveres, vuela á los hospitales y á las casas particulares á cuidar del enfermo, de quien todo el mundo se aleja por no contagiarse, es una creacion digna de un génio, y tal debió ser su fundador, si otros hechos de su vida no lo atestiguaran.

Otro espectáculo horrible, degradante, inmoral, conmovió aquel organismo privilegiado; el espectáculo de centenares de niños recién nacidos que madres desnaturalizadas dejaban abandonados en la calle, donde morian necesariamente de frio. Mucho trabajó nuestro Santo por evitar esta costumbre que ha creado la falta de religion y la desmoralizacion de la sociedad; mucho hizo, muchísimo, pero el mal está tan arraigado, que aún hoy dia se ve con indignacion que subsiste lo que

entre fieras no subsiste. ¡Baldon eterno á la madre que por no sufrir la vergüenza de la deshonra, tira á la calle al hijo de sus entrañas! ¡Maldicion para siempre á la corrompida sociedad que con sus preocupaciones insensatas da lugar á que esto suceda!

Vicente de Paul iba por las noches por las calles y baluartes de París, recogiendo los pobres niños abandonados y depositándolos despues en un asilo que á este efecto fundara. Caritativas señoras de la alta aristocracia atendian allí á la lactancia y sustento de aquellas tiernas criaturas. De esta suertedaba Vicente la vida á seres que indefectiblemente hubieran perecido.

Durante las noches de nieve, Vicente de Paul hacia mayor cosecha de expósitos; por medio de los hielos veíasele cruzar á veces con dos y tres niños en brazos. Héroes de esta especie solo brotan del suelo en que germinó la doctrina del Crucificado.

Por eso los niños deben amar sobremanera á Vicente de Paul. ¡Cuántos y cuántos le deberán la existencia!

La reina Ana de Austria, regente de Francia, prendada del saber y caridad de Vicente, le llamó al Consejo de gobierno, presidido por el célebre cardenal Mazarino. No hay que decir que el paso por el gobierno de Vicente de Paul quedó señalado por un gran impulso dado á todos los hospitales y casas de caridad del reino.

En suma, Vicente de Paul es uno de esos seres á quienes por intuicion ama la humanidad.

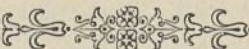
El 27 de Setiembre de 1660 bajó á la tumba; su memoria, sin embargo, no puede borrarse nunca de la mente de hombres nobles y agradecidos.

Si en nuestra época existieran figuras como Vicente de Paul, no estaria tan corrompida la sociedad. Apresurémonos todos á poner algo de nuestra parte en una obra gigantesca.

Las damas de la aristocracia española, que tantos rasgos de caridad están ejerciendo, no olviden el ejemplo de Vicente de Paul, si es que han de continuar con vida esos pobres niños que las madres arrojan de sus regazos, los cuales mueren en la proporcion de un ochenta por ciento, por falta de medios materiales para atender á su sustento.

Querer es poder, como lo demostró San Vicente de Paul.

JOSÉ MARÍA MEDINA



EL ARROYO

De la sierra prominente
baja el arroyo temblando,
se desliza mansamente
y en su plácida corriente
va su caudal aumentando.

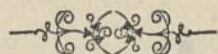
Toma fuerza y poderío,
corriendo con gran presura,
y ántes que llegue el Estío
ya se desborda hecho un rio
por la cálida llanura.

Interrumpe de repente
su curso escarpada breña;
pero él álzase rugiente,
y convertido en torrente
sobre rocas se despeña.

Y cuando muestra su anhelo
con su espuma y resonar
por el granítico suelo,
se esconde como arroyuelo
entre las olas del mar.

Así el hombre en este mundo
vive y crece con presura,
y al hallar el bien fecundo
dá con su cuerpo iracundo
en la triste sepultura.

EMILIO RODRIGUEZ LAZCANO.



CONSEJOS

Ha pasado el día de Reyes, término de las vacaciones, y plazo que os impusisteis para modificar vuestras costumbres escolares.

No hay plazo que no se cumpla: aquí tenéis el que os impusisteis para sancionar vuestra formalidad, si os corregís, ó para imprimir en vuestra frente el estigma de la reprobación, si faltáis á vuestra promesa.

No hay plazo que no se cumpla, repito. Ha pasado el primer tercio escolástico, para vosotros, envuelto en dudas y sospechas: al empezar el segundo, debéis procurar desvanecerlas, porque si no las disipáis con aplicación cada vez más creciente, en el tercero, en la prueba de año académico, se os negará el certificado de aptitud.

Y ¿sabéis lo que eso significa?

Pues no ser apto, es ser incapaz, y la falta de capacidad aleja al hombre de los fines para que fué creado, acercándole á los brutos. No ser apto, teniendo capacidad, es no querer ser apto, y esto es mil veces peor; porque lo primero al fin es una desgracia agena á la voluntad, que debemos lamentar en nuestros semejantes: lo segundo, recibe muchos nombres en el Diccionario de la Academia, todos duros y deprimentes.

No os los quiero estampar aquí, porque si he sentido el abandono en que habeis dejado correr el primer tercio, no desconfío de que os rehabilitareis en el segundo, para haceros dignos de vuestros padres, de vuestros maestros y de vuestros compañeros.

Sí, en este año hay que mejorar la nota calificadora de exámen; hay que perder los hábitos que desdican de la buena educación; hay que ser formales y separarse de las malas compañías; hay que abandonar los juegos tumultuosos, que para nada sino para destruirse sirven, trocándolos por recreos útiles á la moral y á la higiene; hay, en fin, que hacer vida nueva.

Siendo aplicados, merecereis los favores que dispensan los padres á los buenos hijos; tendreis, como vuestros condiscípulos más sobresalientes, esmerado vestido, reloj con cadena, junco elegante; frecuentareis los teatros y los cafés en la época de las vacaciones;

dareis vuestro paseo á caballo y satisfareis todos vuestros apetitos ordenados.

Con la aplicación os hareis estimables en la sociedad, y andando el tiempo, ¿quién sabe? acaso seáis uno de los baluartes más firmes contra las convulsiones que experimenta vuestra patria.

La vida nueva, pues, la reforma de las costumbres, no afecta únicamente á vuestra propia individualidad; afecta á la familia, afecta á los amigos, á quienes podeis ser útiles con vuestros consejos y vuestro apoyo; afecta á todos.

Y la disyuntiva no puede ser más terrible: ó la execración de la sociedad porque la ofendeis con vuestra indolencia, ó los aplausos y las coronas que la sociedad os brinde por los beneficios que la prodigéis.

Y hé ahí por qué, cualesquiera que sean las circunstancias porque crucen los pueblos, ha de haber clases; si no las hubiera, desaparecería el principio de la justicia, que lo justo es dar honor al que lo merece y apartarse del réprobo.

Aprovechad, pues, vuestro discernimiento; cultivad con esmero esas dotes naturales inherentes á la razón con que Dios nos privilegió; comenzad la nueva etapa con aprovechamiento, y no lo pongáis en duda: *finis coronat opus*.

¡Enero!... No parece sino que la tradición viene señalando desde el origen del mundo que las conciencias deben recogerse para meditar las obras que han de ejecutarse en el resto del año solar: la Iglesia misma, en sus salmos, lo significa, y celebra en el primer día de Enero la venida del Hijo de Dios.

Y no os apartéis del principio religioso, si quereis recoger ópimo fruto de vuestro trabajo; que no bastan la aptitud y la voluntad para llegar á la meta del deseo, sino que es preciso la salud, la salud de cuerpo y alma, sin la cual no puede demandarse el auxilio divino.

Felizmente habeis abierto los ojos á la luz del día en un país eminentemente católico: todos, pese á los detractores, hemos aprendido en nuestra primera educación las máximas del Evangelio; á todos nos explicaron los misterios en la forma que la razón humana puede comprenderlos; todos aprendimos la doctrina del Crucificado, y por años que pasen y por mucho que sea el abandono de ciertos seres, todos conservan en la memoria, grabados con letras indelebles, los preceptos del Decálogo, los Artículos de la Fé, en una palabra, las obligaciones del cristiano, verdaderamente creyente.

Pues bien, con la base firme de la religión, con aptitud y buena voluntad, el niño se hace hombre; y hombre respetable en todos los círculos.

Y ya que os hablé de clases, haré un ligero paralelo entre el hombre que se ciñe á sus deberes y el que se abandona á los excesos de la crápula.

El niño que obedece los consejos de sus mayores, recibe cualquier lección con fruto, aprende, domina una ciencia, recibe un título profesional, derrama los destellos de su

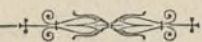
sabiduría con provecho de sus semejantes, ¿es cosa rara que se capte el aprecio de todos, por sus propios méritos y por su formalidad?

El niño, por el contrario, que se hace discol y soberbio, desoye el consejo saludable de sus padres, no asiste puntualmente á las aulas y malgasta el tiempo, seducido por malas compañías, se aficiona á los juegos poco lícitos, usa un lenguaje libre, procaz, acaso maldiciente y blasfemo, llega á hombre sin oficio ni carrera, cuando las pasiones le imponen sacrificios pecuniarios, que no puede satisfacer, porque es incapaz de ganarse el sustento, no cabe en parte alguna por sus malos antecedentes y se aficiona á lo ageno, ó lo busca por medios vergonzantes; ¿es cosa rara que este individuo sea repudiado por todos, que no encuentre á su alrededor más que el vacío; que se huya de él como de planta venenosa que puede inficionarnos?

Pues bien, si la sociedad misma es el juez severo que falla sobre vuestra conducta, no falteis á la sociedad: proceded siempre de acuerdo con lo que exigen de consuno la conveniencia individual y la moral cristiana y no temáis el porvenir; que el hombre útil y honrado jamás deja de abrirse paso á través de la vida, cualesquiera que sean las tribulaciones que le agobien en momentos críticos.

Y para ser útiles, ya os lo he dicho, hay que sacudir la pereza y despertar la afición al estudio: han pasado las vacaciones, comienza el segundo tercio escolástico; aplicaos para probar en el tercero, que sois aptos y honrados.

VICENTE D. BORDANOVA.



EL CASTIGO DE LA MALDAD

FÁBULA

Por coger, con idea de matarle
á un hermoso y alegre pajarillo,
cayó Manuel, en su veloz carrera,
en un profundo abismo;
y aunque pronto acudieron
para prestarle un eficaz auxilio,
un brazo se rompió, quedando siempre
inútil al trabajo, desde niño.

Sirva de ejemplo á muchos que se alegran
hacer daños que evitan ellos mismos,
pues el que goza en la desgracia de otros
tarde ó temprano encontrará el castigo.

JAIME CIGLIANO.



LECCIONES FAMILIARES,

POR

D. TEODORO GUERRERO

III

LA VIRTUD

Á MARÍA

¿Me preguntas, hija mía, qué es la virtud? ¿Te ha llamado la atención esa palabra que tanto oyes repetir, y deseas conocer su importancia?

Celebro que te dirijas á mí para saber lo que ignores, y me complace sobremanera que, á pesar de tus pocos años, manifiestes afán de aprender; así se empieza, y así se forma el hábito del

estudio. Solo los tontos, que no quieren saber, ó los vanidosos que pretenden saberlo todo, no preguntan. Te animo para que vengas á mí, ó á tus maestros, siempre que hiera tu imaginación una palabra, una frase, una idea ó una cita que no comprendas: preguntando se aprende; la consulta que se hace en un libro no es más que una pregunta tácita. Necesitas hoy de la viva voz, y supuesto que tu razon se abre ya á la inteligencia, voy á darte respuesta al alcance de tu edad.

No es difícil definir la virtud, por más que tenga tan íntima relacion con todos los actos de la vida del hombre; la misma universalidad determina su importancia, pues la virtud deja de existir desde el momento en que pierde su carácter; no basta practicarla en una ó en más horas de nuestra existencia; es preciso practicarla siempre, sin interrupcion, ajustándose á leyes invariables, para que la conciencia, barómetro del alma, no marque la menor alteracion.

Te parecerá imposible llevar la exigencia de la propia conducta hasta ese extremo, siendo tan frágil la condicion humana; pero no, querida María; nada es más fácil que llegar al término de esta peregrinacion que llaman vida, con la conciencia limpia, con el ánimo risueño, con el corazon tranquilo. Al emprender la marcha, procura fortalecerte para contrarrestar las vacilaciones de la lucha; es decir, graba en tu pensamiento las máximas del bien que se deslizan, de continuo, de los labios de tus padres; ponlas en práctica para convencerte de su eficacia, siguiendo los consejos de tus maestros; modera los impulsos de las pasiones que intenten arrastrarte fuera de la senda que aquellos te trazaron; tiende la mano al desvalido que te busca, y niégala al malvado que te predica el vicio; haz de modo que para tí el pasado sea mañana una lápida en donde grabaste un nombre que inspire respeto, el presente un libro abierto en donde el mundo no encuentre una página que te avergüence, el porvenir un libro cerrado que puedes abrir sin temor de manchar sus hojas; en una palabra, vive con la sonrisa en los labios, con las manos en el corazon, con los ojos en el cielo.

Y hé ahí lo que es la virtud. Quisiera hallar una definicion clara y precisa, explicada en pocas palabras, para que sirviera de norma á tu conducta, y no hay otra más precisa ni más clara que la siguiente: la virtud es el recto modo de proceder.

Los filósofos te dicen que la virtud es integridad de ánimo y bondad de vida; que es el hábito y disposicion del alma para las acciones conforme á la ley cristiana y que se ordenan á la bienaventuranza; que es el hábito que se adquiere para obrar bien, independiente de los preceptos de la ley, por sola la bondad de la operacion y conformidad con la razon natural.

Pero esas bellas y exactas definiciones necesitan descender de la altura de la filosofía para llegar á tu naciente inteligencia, y me propongo preparar tu razon para que comprendas la verdad del pensamiento; solo así conseguiría mi objeto al consagrarte esta leccion, que tan benéfica ha de ser en el porvenir que te llama, lleno de encantos para el alma, pero tambien de peligros para la inocencia y el candor.

La integridad del ánimo equivale á la perfeccion del alma; y para que ésta sea perfecta, necesita ostentarse siempre, con la rectitud, la pureza y el desinterés, sus principales atributos.

La bondad de vida equivale á la serie no interrumpida de actos que ponen de relieve la excelencia de la criatura.

¡Hé ahí la virtud!

Ajustar la conducta del hombre á las acciones conformes á la ley cristiana, obedeciendo á un hábito del alma, es practicar la virtud para encontrar abiertas, en su última hora, las puertas del cielo.

Obrar bien, sin sujecion á los preceptos de la ley, obedeciendo á la bondad del alma y á los impulsos del instinto, es practicar la virtud para encontrar en la tierra abiertos los brazos de sus hermanos.

¡Qué perspectiva tan seductora te presento!

La virtud es la aureola del justo. El vicio hace bajar la cabeza para esconder el sello de la vergüenza que estampa en la frente el olvido de los deberes.

La virtud es la pureza; el vicio es la degradacion. Aquella embellece la fealdad; éste afea la belleza.

Consérvate digna del aprecio del mundo en que vives y encontrarás siempre su amparo en las grandes tribulaciones; el que se olvida de sí mismo, acaba por verse olvidado de los demás.

Recuerda, hija mia, las virtudes cardinales que tu madre te explicó en el Catecismo; son la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza.

La prudencia te enseña á discurrir y á distinguir lo bueno de lo malo para seguirlo ó huir de ello. Esa virtud combate los instintos, trazando un plan de conducta del cual no debes separarte; ántes de andar, examina el terreno en donde has de poner el pié y ten presente que un mal paso cuesta una vida entera de remordimientos; si alguna vez dudas, enciérrate en tu razon para meditar las consecuencias, y clava los ojos en el mundo que te observa; su mirada es el guía de tus pasos; sus labios están dispuestos á abrirse para pronunciar un fallo terrible; el mundo es juez inexorable que nunca perdona. La razon se extravía en un momento, y ese momento amarga toda una existencia.

La justicia te enseña á arreglarte á la voluntad de Dios; Él es el Supremo Hacedor, único que tiene el privilegio de la perfeccion, y en su gran sabiduría, señaló las leyes inmutables del deber.

Él nada quiere para sí; nada te pide y te lo dá todo; aprende su santa doctrina y hallarás en la tierra la justicia de los hombres, basada en el sábio principio de dar á cada uno lo que es suyo, para que respeten lo que te pertenece.

La fortaleza te enseña á vencer el temor y á huir de la temeridad; la resignacion es el poderoso auxiliar de los cristianos; haz frente al peligro, sin aparecer temeraria, y alcanzarás el triunfo. El valor ennoblece el alma; cuando alienta la fé, se sufre el tormento y Dios pone en las manos de la víctima la palma del martirio, llave que abre la puerta del cielo.

La templanza te enseña á moderar los apetitos y el uso excesivo de los sentidos, sujetándolos á la razon. Los sentidos deben percibir las impresiones sin grandes esfuerzos, que producen siempre la perturbacion y el desarreglo.

Para el que siga las prácticas de la virtud, la vida tiene goces secretos, goces que se escapan á la insensibilidad, consecuencia inmediata del vicio, y placeres infalibles que no comprenden los seres extraviados. La disipacion roba la pureza del alma y la salud del cuerpo, como el fango enturbia las aguas cristalinas y mancha las piedras preciosas.

La virtud es la brisa suave que conduce la barca de la vida por el agua tranquila, evitando los escollos; el vicio es la tempestad que arrastra la nave, llevándola á perderse contra las ro-

cas que se esconden entre negros celajes. La virtud es el bien; el vicio es el mal.

Procura, hija mia, llegar al término de la peregrinacion con la frente levantada, y que te sorprenda la muerte, sin que te cause miedo tener en la otra vida que purgar un pecado, sin arrepentirte, ante el mundo que dejas, de una falta grave.

La virtud es la herencia que tu madre te deja; herencia prestada, porque intacta has de trasmitirla mañana á tus hijos, dando estrecha cuenta de tu mal proceder. Tus hijos renegarian de su madre ó imitarian tu ejemplo. En uno ó en otro caso, estremécete de horror, y sigue con firmeza por el camino de la virtud.

Ya lo conoces bien; la contraccion de tu rostro infantil me anuncia que la razon empieza en tí á abrirse campo, y ya no temo al porvenir; no, mi María; en tus ojos leo el espanto, y adivinando, más que comprendiendo, el terrible sentido de mis palabras, te has echado en mis brazos buscando amparo. Ven, hija del alma; mientras tengas los brazos de tu padre que te sirvan de escudo, es segura tu salvacion. La virtud necesita conocer el peligro para saber evitarlo; te he abierto los ojos, y velo por tu porvenir.

(Se continuará)

¡PÓBRE MADRE!

Luce la Aurora sus encajes de oro,
inundando de luz el Firmamento.
Las aves amorosas, ciento á ciento,
derraman de cantares un tesoro.
¿Por qué la sombra mi dolor prefiere?
No ví jamás tan esplendente día....
¡y mi niño se muere!

¡Qué salvaje es, oh, Dios, esa armonía!

TIMOTEO D. PALACIO

EN LA IGLESIA

A DON RAMON CAMPOAMOR

DOLORA

I

Ayer por la mañana, muy temprano,
en una iglesia entré,
y á una pareja, asida de la mano,
ante el altar, hallé.
Un sacerdote proclamó su union
por todo su existir;
entonaron purísima oracion;
despues.... los ví salir.

II

Esta mañana que en la iglesia entraba
descubrí ante el altar,
una mujer de luto, que lloraba
sin tregua, sin cesar!
'Torcí mi vista, vacilante, inquieta,
á un oscuro rincon,
y apareció á mis ojos la silueta
de un negro panteon.
Poco á poco, acallando mi pisada,
al sitio me acerqué,
y una caja de muerto, muy tapada
entre paños, hallé.

III

«En este sitio, ayer,» —me dije yerto.—
«Feliz pareja ví....»
«Esa enlutada hoy; hoy ese muerto....»
—Me dió miedo y huí!

ALBERTO DIAZ DE LA QUINTANA.

R. Velasco, impresor. Rubio, 20



D.ª JOAQUINA BALMASEDA.